

Cómo perduran los autócratas

Viktor Orban y el mito del hombre fuerte que se autodestruye

Jan-Werner Müller
Publicado en *Foreign Affairs*
19 de abril de 2022
[traducido del inglés]

El momento no podría haber sido más sorprendente. El 3 de abril, casi seis semanas después de que el ataque del presidente ruso, Vladimir Putin, contra Ucrania aparentemente revitalizó y reunificó al Occidente democrático liberal, el primer ministro húngaro, Viktor Orban, fue fácilmente reelegido para su cuarto mandato consecutivo y el quinto en total. Aunque Orban ha emulado durante mucho tiempo a Putin y preside un régimen cada vez más autoritario —y aunque se enfrentó por primera vez a un frente de oposición mayoritariamente unido— no tuvo problemas para ganar, obteniendo más del 53 por ciento de los votos y asegurando una gran mayoría continua en el parlamento. Con la jubilación de la canciller alemana Angela Merkel, ahora también ostenta la dudosa distinción de ser el jefe de gobierno con más años en el cargo en la UE, un supuesto bastión de los derechos humanos y la democracia.

El resultado de las elecciones ha sorprendido a los observadores en Europa y Estados Unidos. En las primeras semanas de la guerra, Orban se había negado notablemente a permitir el transporte de armas occidentales a través del territorio húngaro y descartó sanciones a la energía rusa. Dada la incómoda proximidad del líder húngaro al Kremlin —el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky se ha referido a la Hungría de Orban como una ‘rama rusa en Europa’— y la determinación de la oposición húngara, muchos pensaron que Orban finalmente se había excedido. Además, estas predicciones coincidían con la creciente confianza en los Estados Unidos y Europa occidental de que el régimen de Putin finalmente estaba encontrando su destino largamente demorado pero predeterminado, socavándose a sí mismo como lo hacen todas las autocracias, tarde o temprano.

La creencia en la inevitabilidad de la autodestrucción autocrática prevalecía al final de la Guerra Fría, y la hasta ahora catastrófica guerra de Rusia contra Ucrania la ha revivido. Los errores de cálculo de Putin, según la teoría, se deben, al menos en parte, a que el líder ruso se vio privado de información precisa, con la élite militar y de seguridad en la que confía demasiado temerosos de presentarle los hechos sobre el terreno. En resumen, las autocracias aparentemente son incapaces de admitir errores y, por lo tanto, son incapaces de aprender con el tiempo. Como sugirió una serie de estudios influyentes en la década de 1990, estos regímenes también tienen un desarrollo económico más pobre que sus contrapartes democráticas: la interferencia arbitraria y políticamente motivada y la supresión de la información también dañan los mercados. Hoy en día, Rusia, un país que no ha logrado desarrollar una economía diversificada y continúa dependiendo abrumadoramente de la explotación de los recursos naturales, también parecería confirmar esta regla. Desde este punto de vista, no solo el Occidente democrático liberal se ha unido contra Putin; El mismo Putin, a través del continuo fortalecimiento de las características autocráticas de su régimen, podría convertirse en su peor enemigo.

Pero la victoria decisiva de Orban va en contra de ilusiones tan reconfortantes. Después de todo, tan recientemente como a principios de febrero, las evaluaciones occidentales de la propia Rusia eran bastante diferentes. Muchos comentaristas señalaron la

aparente modernización del ejército ruso y las estrategias aparentemente inteligentes de Putin de acumular reservas de divisas y conseguir socios en Occidente, incluida Alemania, para apoyar proyectos geopolíticos nefastos como el gasoducto Nord Stream 2. Si Putin no hubiera ordenado a sus soldados que invadieran Ucrania, o si las cosas hubieran sido diferentes en el asalto inicial, pocos habrían revivido la idea de que las autocracias están destinadas a fracasar, tal como lo hizo la Unión Soviética en 1991.

De hecho, las elecciones húngaras, la primera votación importante en Europa desde que comenzó la guerra en Ucrania, cuestionan cualquier suposición fácil sobre los límites de la autocracia, incluso dentro de la propia UE. En lugar de debilitarse con el tiempo, Orban ha elaborado cuidadosamente un sistema que aparentemente está vacunado contra la democracia y es lo suficientemente inteligente como para sobrevivir incluso frente a errores políticos. Los observadores internacionales se han centrado en las sucesivas campañas de su gobierno contra los refugiados, George Soros, la UE y, últimamente, la comunidad LGBTQ. (Después de todo, cada vez que Orban se enfrenta a las elecciones, ha necesitado conjurar una nueva amenaza existencial para la nación). Pero más allá de estas estrategias, que son bastante fáciles de copiar para otros aspirantes a autócratas, está la imagen más compleja de cómo Orban, un abogado capacitado que se rodea de otros juristas expertos ha mantenido durante tanto tiempo una fachada de perfecta legalidad, e incluso legitimidad, para su gobierno.

Un monstruo *made in* Bruselas

La clave del éxito de Orban siempre ha sido lo que se podría llamar una táctica de redundancia dentro de una estrategia más amplia de movimientos progresivos pero sistemáticos hacia el autoritarismo. Por lo tanto, para restringir continuamente a la oposición y ampliar su poder, su partido Fidesz empuja en múltiples frentes y prueba diferentes herramientas legales al mismo tiempo. Cuando un enfoque falla, el mismo fin puede lograrse por un medio alternativo; cuando hay resistencia, por ejemplo, de la UE, a una nueva ley cuestionable, el gobierno húngaro hace ajustes cosméticos para abordar las preocupaciones, incluso cuando se mantiene su esencia y se establecen los hechos políticos sobre la base que busca. Un buen ejemplo fue la decisión de Hungría, en 2012, de reducir la edad de jubilación de los jueces en ocho años, lo que permitió a Orban deshacerse de los juristas de alto nivel que representaban un control potencial para su régimen y nombrar reemplazos favorables al régimen. La UE, que se supone que es un guardián del estado de derecho para sus estados miembros, encontró debidamente la falta de la medida, pero aunque los jueces depuestos fueron compensados por sus años de servicio perdidos, no fueron reincorporados: Fidesz consiguió a los juristas obedientes que quería.

La definición de éxito, en la vida en general y en el juego de la creación de autocracias en particular, es simple: hacer más de lo necesario. Por supuesto, al principio, cuando Orban asumió el cargo por primera vez, era difícil predecir qué estrategias permitirían a Fidesz lograr una mayoría de dos tercios en el parlamento en cada elección y, por lo tanto, darle un poder casi ilimitado. Una vez asegurada, esa supermayoría permitió a Orban cambiar la constitución a su voluntad; si un tribunal encuentra fallas en una ley de Fidesz (ahora extremadamente improbable, ya que los tribunales están controlados por jueces de Fidesz), la ley puede simplemente incluirse en la constitución. Si haces la ley, casi nada de lo que quieras hacer puede ser ilegal. Orban ha hecho así un uso eficiente de lo que la socióloga Kim Lane Scheppele llama 'legalismo autocrático': las reglas y los procedimientos no se violan abiertamente; sólo su espíritu muere de muerte lenta. Cambios legales aparentemente pequeños pueden tener grandes efectos sistémicos. Scheppele también ha acuñado un término memorable para esta dinámica: el 'Frankenstate'. Así como el monstruo de Frankenstein se creó a partir de partes humanas normales, muchos de los elementos individuales del sistema húngaro lucen

bien; no parecen represivos en sí mismos. Pero reunidos de cierta manera, significan el fin de la democracia.

Para obtener una ventaja estructural permanente, Fidesz se ha involucrado en maniobras electorales agudas como un láser en todo el país (mientras cede la liberal Budapest, la capital, en gran parte a la oposición). Para promover a Fidesz y sus candidatos, Orban ha utilizado recursos estatales para financiar la propaganda ininterrumpida en época de elecciones (e incluso en épocas no electorales). Ha socavado constantemente a la sociedad civil húngara, tomando una página del libro de jugadas de Putin al obligar a las ONG a registrarse como 'financiadas con fondos extranjeros' y a someterse a auditorías estatales especiales. Ha realizado cambios ad hoc en las leyes electorales para contrarrestar los intentos de la oposición de unirse de manera efectiva, permitiendo que los ciudadanos se registren en cualquier parte del país y permitiendo el turismo electoral en áreas donde la mayoría de Fidesz podría verse amenazada. Muchos observadores estiman que un rival de lo que efectivamente se ha convertido en un estado de partido único necesitaría obtener alrededor del cinco por ciento por encima de cualquier rival de Fidesz para ganar una elección.

Al mismo tiempo, Orban ha tenido cuidado de no pasar del legalismo autocrático al terreno de un autoritarismo más abiertamente coercitivo que podría haber provocado la intervención de la UE. Merkel cooperó con Orban durante más de una década, y la UE, si bien criticó la dirección autoritaria de su gobierno, concedió alrededor de 45 mil millones de dólares al país entre 2014 y 2021. Muchos observadores europeos sintieron que si había antisemitismo o violencia abierta en las calles, ese apoyo cesaría. (Los discursos metafóricos, incluso por parte del propio primer ministro, siguen siendo aceptables). Pero aparte de eso, Bruselas simplemente no estaba dispuesta a controlar el 'Frankenstate'.

La destrucción del pluralismo mediático ha sido otra parte importante de la estrategia de Orban. 'Orbanversteher', la camarilla persistente de defensores internacionales del líder húngaro, nunca deja de mencionar que no hay censura en Hungría: los periodistas críticos pueden bloguear y escribir informes de investigación condenatorios sobre el gobierno a su antojo. Pero dada la importancia de la televisión estatal y la adquisición sistemática de compañías de medios por parte de oligarcas favorables al régimen, es extremadamente difícil que tales reportajes lleguen a una audiencia nacional. De hecho, la oposición no puede llegar a cerca de un tercio del electorado. Durante todo el período previo a las elecciones de abril, a Peter Marki-Zay, el líder de la oposición, se le dio un total de cinco minutos para presentarse en la televisión estatal, que por lo demás estuvo lleno en gran parte de propaganda a favor de Orban. Al igual que otros populistas de derecha (muchos de los cuales se presentan como heroicos defensores de la libertad de expresión), Orban se niega a participar en un debate abierto con cualquier rival: es mucho mejor evitar preguntas difíciles y dar forma a su propio mensaje conversando con periodistas amigos del régimen todos los viernes y participando en momentos cuidadosamente programados en los que se encuentra con 'la gente' directamente. (Es una lección que el Comité Nacional Republicano en los Estados Unidos ha tomado en serio en su reciente decisión de retirarse de la Comisión de Debate Presidencial no partidista y participar solo en debates de su propia invención).

Hombre de familia

La ley es crucial para los autócratas inteligentes, pero también lo es el dinero. Otro fundamento del sistema de Orban, y que lo contrasta con el de Polonia, con el que comparte muchas similitudes, ha sido la creación de lo que el sociólogo húngaro Balint Magyar llama un "Estado mafioso". Tal estado no se trata de corrupción banal, como en sobres de dinero en efectivo que cambian de manos debajo de la mesa. Más bien, se

basa en el uso político de las estructuras estatales y la manipulación de lo que en la superficie son medios legales: en particular, los procesos de contratación pública en los que, curiosamente, solo se presenta un licitador. En la Hungría de Orban, esto ha significado que el gobierno ha patrocinado continuamente proyectos con sobreprecio, especialmente en la construcción, para enriquecer las arcas de los oligarcas favorables al régimen; muchos de estos proyectos se presentan a la UE para su financiación.

A través de tales mecanismos, lo que Magyar describe como 'la familia política' de los leales a Orban se mantiene a raya y, a cambio, le han hecho favores al régimen, como adquirir las empresas de medios de comunicación del país, que por lo tanto siguen siendo firmemente pro-Fidesz. Incluso las formas más atroces de robo por parte de estos oligarcas no son enjuiciadas, porque el fiscal es un fiel partidario de Fidesz.

Orban tampoco se ha contentado con limitar su corrupción a la oligarquía al estilo ruso. También ha utilizado amplios acuerdos económicos con la propia Rusia para afianzar su régimen. En un acuerdo cuyos detalles siguen siendo en gran parte desconocidos, el gobierno de Fidesz ha contratado a Rusia para obtener un enorme préstamo para financiar la construcción de una central nuclear (que está siendo construida por una empresa rusa). Rusia también ganó la licitación para la tercera línea de metro de Budapest, a pesar de ofrecer estándares más bajos y precios más altos que otros. Para cubrir sus flancos con la UE, Orban también ha estado ocupado comprando armas de Alemania y permitiendo que empresas alemanas como Mercedes, BMW y Audi disfruten de un trato muy favorable en Hungría.

El punto no es que la cuidadosa estrategia de legalismo autocrático y el arte de gobernar de la mafia de Orban se base en artes políticas oscuras únicas o que el régimen sea invencible. Pero es ingenuo suponer que la estrategia está destinada a ser autodestructiva, más de lo que es suponer que la de Putin lo es. También es ingenuo pensar que los adversarios de Orban tendrán éxito tan pronto como revelen cómo funciona realmente el sistema. Los votantes quieren saber qué alternativas se ofrecen y qué pueden esperar de un futuro mejor. La oposición unida en Hungría, improvisada a partir de seis partidos diferentes que van desde el poscomunista hasta algo así como Fidesz ligero, no pudo ponerse de acuerdo sobre ninguna visión positiva (o incluso algo así como un gabinete en la sombra, para el caso). Todo lo que los mantuvo unidos fue la oposición a Orban.